

tas, y hasta los perros, que hasta entonces no habían dejado de gruñir contra mis piernas, empezaron á mostrarse mas tratables. Uno de los indios halló el medio de decirme que lo que les habia preguntado era ininteligible para ellos. Entonces me pareció oportuno unir á mi detestable portugués una sabia y animada pantomima. Para indicar el blanco á quien buscaba, me señalaba modestamente á mí mismo, aplicando el dedo á mi cara, y preguntando en mi harto rudimentario idioma: «¿En dónde está el que es blanco como yo?» olvidando que yo era entonces de color de pan de municion.

Al fin, merced á mis ademanes ó mis palabras logré hacerme entender, puesto que uno de aquellos hombres, tomando de nuevo su escopeta, me indicó por señas que le acompañase. Despues de una hora de marcha por un terreno que parecia haber sido cultivado, mi guia llamó á la puerta de una barraca de la que salió un buen hombre á quien de muy buena gana hubiera abrazado, pues me preguntó en español lo que queria. Hablamos largo rato, y le espuse mi proyecto de vivir solo en el bosque si hallaba una choza. Al principio trató de disuadirme, pero habiendo yo insistido en mi idea, me llevó á un sitio donde habia muchas chozas, á una de las cuales añadian dos indios en aquel momento una pieza, y la que se componia, como de costumbre, de troncos ligeros de árboles, de paredes formadas con ramas horizontales atadas á aquellos con lianas y cubiertas con tierra amasada. El techo era de ramas de palmera. Entré en la reducida pieza que se construia, de la que se habia sacado la tierra para el reboque, de modo que me metí en ella hasta el tobillo, declarando sin embargo que allí me proponia establecer mi domicilio. El buen hombre me dijo que aquello seria mi sepultura, á lo cual repliqué que todo me parecia preferible á volver al domicilio del señor X... Viéndome resuelto á no cambiar de resolucion, pidió para mí aquel húmedo aposento, que me fue concedido sin exigirme retribucion; además me dió por criado un jóven llamado Manuel, y decidió á tres hombres á que fuesen á buscar mis cofres á la casa del italiano, que distaba mucho menos de aquel lugar de lo que me habia hecho suponer mi viaje en zigzags por el bosque; y tuvo asimismo la amabilidad de regalarme un banco, algunos bananos y un buen pedazo de tocino y harina.

Al dia siguiente, los indios enviados llegaron con mis cofres, y me dijeron que habia puesto mala cara el señor X... al saber mi resolucion. Rodeado de vecinos entre quienes se habia creado algunos enemigos, habia hecho cundir la voz de que yo era un gran personaje muy bien quisto en la córte, y que se debia tratarme con mucha deferencia. ¿Qué pensarían los vecinos al saber que yo habia roto mis rela-

ciones con él para irme á vivir solo en los bosques, sin mas proteccion que la de mi escopeta? Pero ¿qué me importaba el señor X?... En lo sucesivo me ví realmente libre. Con gran contento saqué de mi equipaje todos mis enseres y una hamaca de que aun no habia hecho uso, y ayudado por Manuel me bastaron dos dias para hacer mi reducida vivienda muy cómoda...

Mis soirées á los indios.—Trabajos.—Los indios botocudos.

El lugar en que habitaba era la cima de una colina mas distante del rio que mi primera morada. En frente de mí las montañas cubiertas de una lozana vegetacion, se destacaban formando sobre el fondo del cielo bellas líneas onduladas. Vefase á lo lejos una choza alrededor de la cual habian sido, como de costumbre, arrancados los árboles, y á ella iban los indios todos los domingos á beber cachassa, pasando por mis dominios. Poco á poco se familiarizaron conmigo al verme cazar, no solo pájaros, sino tambien cuadrúpedos, saurios y serpientes. Ellos mismos venian á traérmelos, y afortunadamente me hallaba en disposicion de pagarles su trabajo, pues habia hecho venir de Santa Cruz cierta cantidad de moneda menuda. Todos los domingos, los indígenas de ambos sexos venian á visitarme, pues como tambien me habia surtido de cachassa, la olian desde lejos. Aprovechéme de aquellas visitas para hacerles colocar en la posicion debida para ser retratados, y volver á mis estudios que me habia sido forzoso abandonar, debiendo decir que salvo pocas escepciones, no encontré ya las dificultades que durante mucho tiempo paralizaron mis trabajos.

Sintiéndome muy cansado, un domingo volví temprano á mi albergue, pues habia sido poco afortunado en la caza. Ya, segun la costumbre que habian tomado los indios, para quienes yo habia dejado de ser objeto de un temor supersticioso, muchos de ellos estaban sentados en mi casa, y algunos momentos despues tuve la sorpresa de ver entrar á los padres del pobre Almeida, que segun decia mi huésped se irritarian terriblemente al verme retratarlo muerto, y habian sido la causa de mi partida, siendo lo mas extraño del caso que venian á ofrecerse espontáneamente á mi pincel. Retraté á dos en presencia de la reunion, oyendo repetir á todos en son de elogio *tali qual* (tal cual). Si me hubiera sentido dispuesto á continuar, habria podido escoger con abundancia los modelos, pues por cada retrato que me permitian hacer daba medio real. A esto sucedió, como de ordinario, la distribucion de la cachassa, primero á los hombres y luego á las mujeres, llegando mi generosidad hasta repartir una botella en cada recepcion. Cuando aquella quedaba completamente vacía,

la concurrencia se marchaba sin decirme siquiera *Abur, so Bia*. Tenia algunas favoritas, y éstas eran las que aun no habia retratado, por lo que habia dispuesto en su obsequio algunos vasos. Una de ellas, aprovechándose en cierta ocasion de mi momentánea ausencia, me robó una botella y se bebió de un trago todo su contenido. Pocos instantes despues empezó á dar ahullidos haciendo espantosas contorsiones, lo que me hizo comprender que se consideraba envenenada. La pobre mujer decia que se habia tragado una de mis drogas. Muy acertadamente habia yo difundido el rumor de que muchas de mis botellas contenian veneno, y mis dedos ennegrecidos por el nitrato de plata parecian un irrecusable testimonio de ello. Por lo demás, la botella vacía que la india habia dejado caer, no permitia la menor duda acerca de la naturaleza del mal que la aquejaba: estaba atrozmente ébria. Pero como su marido, al entrar empezó á unir su gritería á la de su cara mitad, tuve que ponerlos á la puerta á fuerza de puntapiés.

Levantábame, segun costumbre, al primer canto del gallo. Encontré primero una gran subida al través de un desmonte, y luego entré en el bosque siempre subiendo, hasta que al fin me encontré en un terreno llano, de modo que mucho antes de salir el sol estaba bañado en sudor. Durante mucho tiempo habia mirado con indiferencia ciertos pájaros parecidos á los tordos, llamados *sabias*, porque no ostentaban brillantes colores; pero como en aquellos momentos la cuestion se reducía á comer, no era prudente hacerse el melindroso. Con frecuencia los hallaba á mi paso, así como tambien algunos chotacabras. Bastábame bajarme un poco para poner mi morral en el suelo, luego dejaba deslizarse á lo largo de mi brazo libre la escopeta que llevaba pendiente del hombro, y pocas veces volvia sin traer mas caza de la que para mi sustento necesitaba. Mas allá entré en los grandes bosques. Mientras esperaba mi cámara oscura y mi tienda, que Manuel me traia todos los dias, desbrozaba con mi cuchillo de monte el terreno propio para la construccion de mi taller, lo cual no era fácil, sobre todo si encontraba raices gruesas; ni tampoco estaba exenta de dificultades la eleccion de las vistas. Como me hallaba muchas veces demasiado cerca de mis modelos, me era preciso trabajar de rodillas en mi tienda, y algunas veces una tempestad cuya aproximacion nada anunciaba, rompía de improviso sobre nosotros, nos apresurábamos entonces á empaquetarlo todo, y cuando nos disponiamos á partir, los caminos, ó por mejor decir los senderos ya de antemano obstruidos, se convertian en torrentes. En tales casos bebia cachassa y me tendia en mi hamaca.

De rodillas un dia en mi tienda, trabajaba con ahinco cuando oí la voz de gente que hablaba con

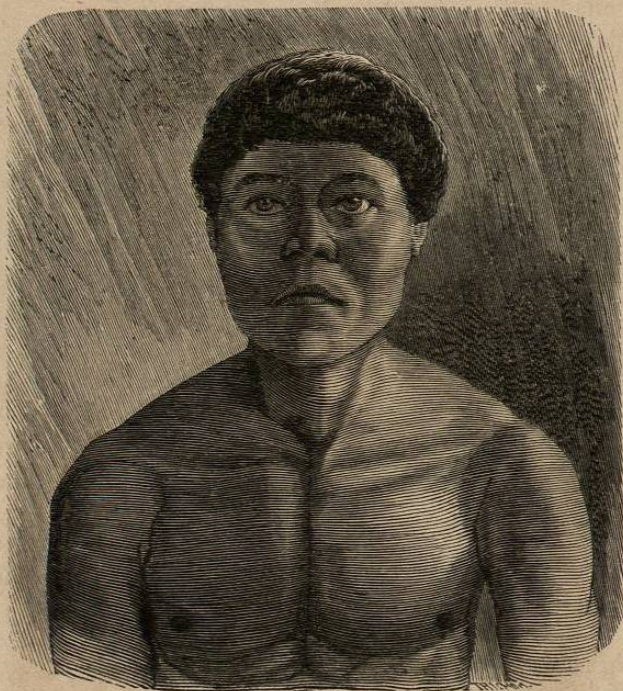
Manuel. ¿Cuál fue mi asombro cuando al levantar la cabeza á la altura de la cortina, ví á una docena de salvajes botocudos, con sus deformes labios y sus orejas de medio pie de longitud! Los tales nada comprendian respecto de mi tienda, en la cual veian encendida una luz en medio del dia; y aun fue mayor su asombro cuando vieron salir á gatas un hombre con la cabeza rapada y largas barbas.

Aquellos doce botocudos, que habian sido enviados en diputacion al presidente del distrito de Victoria, entraron en la ciudad enteramente desnudos, sin hacerse anunciar por nadie, causando mucho mas espanto que escándalo á los habitantes, quienes se apresuraron á ofrecerles camisas y pantalones. Al marcharse les dieron escopetas, pólvora, municiones, y además palabras muy halagüeñas y magníficas promesas que á nada obligaban. No bien salieron de la ciudad, considerando que sus vestidos contrariaban sus costumbres, hicieron lo que yo durante mi viaje dentro del agua, es decir que se los pusieron á la espalda, llevando las escopetas pendientes del hombro y sus arcos en la mano. Yo tenia casualmente en mi trage algunas chucherías, y entre otras un cuchillo y una lima de uñas que habia comprado en las tiendas del boulevard de la *Bonne-Nouvelle*, y las regalé al que parecia jefe de la diputacion. Pronto nos hicimos buenos amigos, y él me dió en cambio un arco y tres flechas. Por mi parte, agregué á mi presente la mitad de mi desayuno, que fue igualmente bien recibido, viéndome recompensado por mi largueza con lo que luego ví. El que me parecia jefe tenia, como sus compañeros, en una abertura hecha en el labio inferior una tablita de madera redonda un poco mayor que una moneda de veinte reales, y de la cual se servia, como de una mesa, cortando encima con el cuchillo que le habia dado un pedazo de carne ahumada que desde allí se metia en la boca. Este modo de servirse del labio como de una mesa me pareció sumamente cómoda. Mis nuevos conocidos llevaban tambien grandes pedazos de madera en los lóbulos de las orejas: precaucion sin la cual les hubieran colgado medio pie...

Un gato montés.—Ardides inútiles contra los mosquitos.—Partida.—Vuelta á Rio-Janeiro.

Vagando al acaso, descubrí el sitio mas delicioso que pudiera desear un cazador: un sendero practicable debajo de unos árboles corpulentos y espesos, con lugares descubiertos á un lado y otro. Los pájaros, despues de merodear en todas direcciones, acudian allí para gozar de la sombra, por lo que podia elegir entre ellos mis víctimas á discrecion. Allí me paseaba en grato abandono sin fatigarme, á cubierto de los rayos del sol, pues cuando me sen-

tia un poco cansado iba á recoger naranjas ó á sentarme en el tronco de algun árbol para dibujar flores y hojas sin perder de vista las copas de los árboles. Un día en que no hacia el menor ruido, por hallarme ocupado en examinar con el auxilio del lente un insecto, oí á mi espalda el rumor producido por un animal que pasaba entre las yerbas, y al volver la cabeza con precaucion ví un hermoso gato montés que tambien se paseaba á su placer,



Indio del Brasil, de la misma provincia.

gar al suelo estaba muerto. Juzgando entonces bastante aprovechado el día, volví á mi choza con mi presa, que me pareció harto pesada.

No obstante, no todo era placer aun en los lugares mas encantadores, pues entre las molestias de que nunca me fue posible eximirme, figuran en primera fila los mosquitos, que me atormentaban con igual furia en mi cuarto que en el bosque. A fin de evitar sus picaduras cuando trabajaba, mandé á Manuel que encendiese cerca de mí una buena hoguera mientras pintaba; pero es el caso que me asaba sin lograr por ello librarme de mis enemigos: para esto me hubiera sido preciso arrojarme al fuego. Entonces arreglé un mosquitero por medio de cuatro palos, y despues de espulsar los obstinados insectos, me deslizaba por debajo como en Río-Janeiro cuando vivia en el palacio imperial; pero habia en esto un no pequeño inconveniente: como la tela del mosquitero era verde, todo al pintar se me presentaba de este

color, si bien no por esto estaba menos ufano sentado allí dentro en una silla tambien de mi invencion, y rodeado de millares de sitiadores exasperados por no poder llegar hasta mí. Su tamaño era terrible, pues mas que mosquitos eran horrosos maringuines, cuyas picaduras causan un dolor muy vivo, pues son venenosos.

Divertíame una vez al ver su impotencia, y trabajaba con ahinco para reparar el tiempo perdido en construir mi verde encierro, cuando de improviso me sentí picado en la frente: ¡había penetrado en mi celda un maringuin! Larga fue la caza, pero al fin logré aplastar á mi enemigo entre las manos, conseguido lo cual tomé de nuevo muy satisfecho la paleta; pero otra picadura me obligó á emprender otra caza. Agitándome en todos sentidos, hice esta vez un rasgon en la parte inferior del mosquitero... Tal percance me enfureció. Arrojé al suelo caja de colores, los dibujos y estudios, y hasta intenté arrancarme los pelos, pero

eran demasiado cortos. Creo que si Manuel se hubiese hallado allí, le hubiera muerto á golpes. Hiçe añicos los palos que sostenian el mosquitero y rasgué iracundo la tela.

Al volver á mi albergue, viendo que en último resultado la cólera nada remediaba, recurrí á otras muchas estratagemas. No teniendo á mano una careta de academia de esgrima, intenté hacerme una de alambre; pero no habiéndome salido bien esta prueba, adopté otro partido que me pareció mas

oportuno, el cual se redujo á poner encima de un ancho sombrero de plantador un pedazo de mi mosquitero, á manera de velo de recien casada, que me caía sobre la espalda, que protegí con un pliego de papel. Esto me resguardaba la cara y el cuello por delante y detrás. En los puntos correspondientes á mis ojos abrí dos agujeritos ribeteados con una cinta de hilo, y me proponia cubrirlos con mis anteojos. Algunas ropas viejas me llegaban holgadamente á los pies y con sus vueltas me cubrian todo el cuerpo.



India del Brasil, provincia del Espíritu-Santo.

Entusiasmado con mi novísima invencion, y creyendo que al día siguiente todo marcharia á las mil maravillas, y que nada interrumpiria mi trabajo, partí lleno de alegría; así, pues, al llegar al sitio acostumbrado me arrojé con el mayor esmero en mi nuevo traje. Los mosquitos y los maringuines habian perdido el pleito, y á mis anchas pintaba, cuando ¡oh fatalidad estraña! mis anteojos saltaron por el aire, pues inadvertidamente acababa de darles un golpe que por fortuna no los rompió; mas, hé aquí que un maringuin se introdujo al punto por la brecha y acometió implacable mi ojo izquierdo. ¡Aquello era ya demasiado!.. Arroje dominado por el desaliento mis armas defensivas, y sin tener ya siquiera fuerzas para encolerizarme, acepté resignado el martirio, y ni aun tuve el valor de recurrir á nuevos ardidés. Durante las tres semanas siguientes sufrí tanto, que renunció á hablar de esto, pues estoy seguro de que no seria comprendido. El triunfo de los mos-

quitos no pudo ser mas brillante, y á fe que abusaron de él sin compasion. Casi no tenia ya rostro humano, y apenas se me veían los ojos; pero repitiendo con igual resolucion lo que hice en el polo Norte, rodeado de osos blancos, logré pintar un estenso panorama que constaba de seis pliegos, en los que con toda conciencia copié servilmente plantas, árboles y flores, así como en otro tiempo habia copiado los ventisqueros y los peñascos negros y agudos del Spitzberg.

Considerando este cuadro como mi obra mas perfecta, y no prometiéndome hacer cosa mejor, pareciome oportuno pensar en el regreso. Proponíame pasar una semana mas allí y abandonar aquellos sitios que si ocasionan muchas molestias, borran en cambio la memoria de lo pasado y causan esa especie de fiebre que el capitán Mayne-Reid llama en su novela titulada *Los Cazadores de cabelleras*, la *Fiebre de la Pradera*. Esto se verificaba respecto de mí con rigu-

rosa exactitud: vivía á lo salvaje, alimentándome la mayor parte del tiempo con el producto de mi caza, sin deberes que cumplir y sin compromisos á qué sujetarme, pero también sin afectos. Solo podía contar con mis propias fuerzas, y estas me bastaban...

Llegó al fin la hora de la partida, y me dispuse á dejar mis bosques un año despues de mi salida de París, el día de Pascua. Volví por última vez á los lugares que habia recorrido con mayor frecuencia para despedirme de aquellos dilatados senderos donde al abrigo de un sol abrasador habia pasado dias enteros cazando y dibujando, y permanecí largo rato sentado en el tronco sobre que me habia dormido muchas veces soñando que era el hombre mas feliz del mundo, y figurándome en mis éxtasis artísticos que solo pintaba obras maestras, que no tenia sino escoger entre los animales los mas maravillosos, y para los que era un regocijo y un deber venir á colocarse al alcance de mi escopeta. En los delirios de mi fantasía mis comidas adquirían las mas peregrinas proporciones, alimentándome de bananos del tamaño de la cabeza, de judías mayores que nueces, y lo demás en la proporción correspondiente. ¡Ah! Aquellos brillantes ensueños iban á desvanecerse. Era forzoso volver á la ciudad, vestir el traje de moda, ponerse medias, botas y un sombrero de ridícula hechura, en vez de mi cómodo y anchuroso sombrero de plantador. Volví lleno de tristeza á mi habitación, y al día siguiente me embarqué en una canoa para bajar por el rio Sangassú, al que debia mis mas nuevas y originales impresiones.

Algunos dias despues volví á Rio-Janeiro, atravesando de nuevo aquella inmensa bahía de que los viajeros hablan tan diversamente, pues mientras para unos es una maravilla, otros declaran que nada notable vieron en ella. Creo haber adivinado la causa de esta diferencia de sus respectivos juicios. Unos entraron en la bahía al ponerse el sol, cuando la temperatura es agradable, los planos de las montañas se coloran de mil maneras sin dar cabida á la monotonía, y la grandiosa naturaleza del Brasil se ostenta en toda su magnificencia. Los otros, fatigados y rendidos por el calor, no distinguían tan bien los objetos: deslumbrados por un espejismo molesto,

todo les parecia triste y monótono, pues el color violado de casi todos los peñascos se extendía al resto del paisaje. Esto era precisamente lo que yo experimentaba á mi regreso. Me hice llevar al palacio imperial, pero no me alojé allí porque me aseguraron que amenazaba desplomarse por tener socavados los cimientos. Los negros que en él me habian servido no estaban ya, y me trasladé á la fonda despues de dejar mis cofres en mi antiguo cuarto. Presa aquel día de un profundo tedio, me paseaba sin objeto por la plaza de Palacio, asombrándome al experimentar sensaciones tan diferentes de las que habia sentido durante los seis meses que anteriormente habia pasado en Rio-Janeiro. Ya no miraba la civilización bajo el mismo punto de vista, porque habia dejado en los bosques que acababa de abandonar todo mi entusiasmo por aquel país que pudiera ser tan floreciente, y que en aquel momento de injusta melancolía habia perdido á mis ojos tanto de sus atractivos.

Poca prisa tenia en vestirme de negro, y mis pensamientos que no eran de color de rosa, no contribuían en verdad á hacer mas agradable mi atezado semblante siéndome por lo tanto, muy fácil conocer que era mirado con cierta sorpresa. Sin embargo, estaba muy lejos de sospechar el mal efecto que causaba en la población civil y militar. Al día siguiente de mi llegada se leía en un periódico de Rio-Janeiro:

«Ayer, un hombre cuyo traje dejaba mucho que desear, se paseaba en silencio por la plaza de Palacio con las manos detrás de la espalda. Este sugeto, que llevaba una enorme barba de patriarca, abrigaba al parecer algun siniestro designio, y los niños que por casualidad pasaban á su lado huían á todo correr al verlo. Un destacamento apostado allí estaba, dispuesto á prenderle al primer mandato del oficial no bien hiciera algun movimiento sospechoso.»

Al día siguiente leíase en otro periódico:

«El eminente personaje de quien ayer habló en términos tan imprudentes el periódico... es el célebre artista francés, Biard, que regresa de una larga escursión por los bosques de la provincia del Espíritu-Santo, etc.»

Mi rehabilitación era completa.

LAS AMAZONAS.

Salida de Rio-Janeiro.—Bahía.—Pernambuco.—Los pasajeros.—El Parahyba.—El cabo de San Roque.—Seara.

Algunos asuntos me obligaron á permanecer un mes mas en Rio-Janeiro, pero como nada podia distraerme deseaba partir, ya para Europa, ya para

alguna gran escursión por el rio de las Amazonas.

Vine al fin libre; y siéndome indispensable un criado, se me habló de un suizo que habia viajado ya por el interior; pero la casualidad dispuso las cosas de diferente manera, pues un francés con quien habia entablado relaciones manifestó el deseo de vi-

sitar el Pará antes de volver á Europa. Nada me faltaba; tenia un compañero en vez de un criado, é hicimos grandes proyectos, por ejemplo, de cacerías de tigres, porque los dos éramos buenos cazadores.

Tomado mi flete en el vapor *Paraná*, fui á despedirme de Sus Magestades, y partimos el 25 de junio. Mi compañero y yo pudimos conseguir las dos mejores localidades, si bien cuando quisimos instalarnos en nuestro camarote, lo ocupaban ya dos personas; este primer compartimiento estaba destinado para cuatro, y era el único que se hallaba este caso. Poca fortuna tuvimos en esto.

Nuestros vecinos eran un comendador brasileño y un mulato que le acompañaba. A bordo habia una cantatriz francesa que iba á Bahía y hablaba mucho, sobre todo de las simpatías que se despiertan de repente en el corazón cuando menos se piensa.

Estas indirectas iban encaminadas, ya á un comisionista de una fábrica de guantes (pues se los mudaba muchas veces al día), ya á un joven doctor indígena. La sociedad, si se exceptúa el comendador, nada tenia de brillante. La mesa era bastante buena y el tiempo apacible, pero fuertes los balances del vapor. Tres días despues llegamos á Bahía.

Solo me movió á bajar á tierra el deseo de estrechar la mano de un amigo, pero este habia regresado á Francia, y no gustándome mas la ciudad esta vez que la primera, hice algunas compras y volví á bordo mucho antes del momento señalado para la partida.

Dejamos en Bahía muchos pasajeros, entre ellos un viejo aficionado al violín, que podia considerarse como la caricatura de Paganini.

El vapor se aligeró también dejando en tierra un voluminoso holandés, marido de una cantatriz que acababa de atravesar las Cordilleras, y al oírle contar sus proezas entre los salvajes, reconocía mi pequeñez, con tanto mayor motivo cuanto que las habia llevado á cabo con un vestido de manteca fresca, anteojos verdes y un sombrero de pastora.

A las nueve entramos en Pernambuco. En un buque francés que allí encontramos habia algunos amigos de mi compañero. Comimos á bordo y luego recorrimos la ciudad, en la que no estuve en mi primer viaje, y me gustó mucho mas que Bahía, pues como no se hallaba construida sobre una colina, sus calles me causaban menos molestias.

Al volver á bordo se embarcaba el combustible hacinado en una gran barca chata, y los negros se pasaban de mano en mano cestos llenos de carbon. El patron los activaba, los injuriaba y golpeaba cuando el cansancio les hacia detenerse un instante; el fondo de la barca estaba lleno de agua que formaba con el carbon un barro negro en que los pobres esclavos tenian metidos los pies; pero esto, por fortuna, no los ennegrecia mas.

Tuve poco despues el disgusto de que mi compañero me anunciara que por ciertas razones habia resuelto regresar á Francia, antes del tiempo que se habia propuesto, lo cual me dejaba sin él y sin el suizo.

Estendióse sobre la ciudad un nubarrón, y empezó á llover á cántaros; mas esto no impidió nuestra partida. La mar se presentaba tormentosa, y de la cama ocupada al día antes por mi compañero ausente se habia posesionado un hombre que se mareaba de un modo terrible lo que me obligó á subir al puente á pesar del mal tiempo. Afortunadamente para mí, aquel molesto vecino se quedó al día siguiente en el Parahyba del Norte.

Desde mi partida nada habia visto tan pintoresco. Entramos en el rio, por el que subíamos viendo á uno y otro lado hermosas plantaciones. En la orilla izquierda habia, como de costumbre, una cosa llamada *fortaleza*, y un hombre pegado á una bocina.

Despues de pasar por delante de estos dos objetos indispensables en la entrada de las ciudades grandes y pequeñas del litoral brasileño, ví una deliciosa aunque reducida población bañada por las aguas del rio y sombreada por inmensos cocoteros. Seguían á estos los mangles con sus mil raíces y sus ramas que se reproducen y vuelven á plantarse cuando su peso las hace llegar al suelo. Allí establecen su domicilio los cangrejos, que á nuestra llegada huían á millares.

Bajé á tierra con el brasileño que se llamaba *el comendador*, que ignoraba por completo el francés, y yo era poco fuerte en el portugués: no obstante, nos entendíamos perfectamente. La embarcación era un tronco hueco de árbol. Fuimos á desayunarnos á la única posada de la población, donde habia otros viajeros, entre ellos dos franceses.

Recorriendo la población con el comendador me enseñaron una descornal cruz de piedra que tenia un enorme pedestal; un hombrecillo contrahecho, cuya cabeza hubiera podido servir á un gigante, sacristan sin duda alguna, y que en concepto de tal desempeñaba las veces de *cicerone*, nos aseguró que aquella cruz y la iglesia eran obra de los jesuitas.

Esta iglesia, decorada de una manera caprichosa, con grandes y macizos adornos dorados, presentaba cierto carácter sombrío que hacia pensar involuntariamente en los tiempos de la Inquisición. En otra época habia visto adornos del mismo género en ciertas iglesias de España. Mientras recorríamos las diferentes capillas cuyas bellezas nos explicaba nuestro *cicerone*, pasó por nuestro lado un fraile con hábito azul, que era el único ministro que tenia la iglesia; el sacristan nos dijo que estaba muy rico, pero que en cambio nada daba á los pobres. Muchos cuadros llamaron mi atención: uno de ellos representaba una